LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE UN FENÓMENO SANITARIO Y SOCIAL MUY PREOCUPANTE

Las muertes por suicidio se estabilizan, pero los expertos piden no bajar la guardia

Las cifras absolutas de la presente década son parecidas o inferiores a las registradas en las cuatro anteriores, tanto entre la población general como entre los jóvenes

PABLO ÁLVAREZ
Oviedo

El suicidio constituye un problema social de primera magnitud, y aún más en Asturias, que registra desde hace muchos años las tasas más elevadas de toda España en relación con la población. Eso es incuestionable. Cosa distinta es la idea de que en la región aumenta desde hace años, y sin cesar, la cifra de suicidios. Ya hace años que los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) no concuerdan con esta sensación generalizada, y las estadísticas más recientes –las de 2025– tampoco la refrendan, ni entre la población general ni en la controvertida y frágil franja de los menores de 30 años.

Las cifras provisionales de 2025 referidas a Asturias hablan de un total de 129 suicidios. Este dato supera en 10 al de 2024 y se queda en 11 por debajo del correspondiente a 2023. De ese total del año pasado, 10 se dieron en menores de 30 años. En 2024 habían sido 5. En 2023 habían sido también 10.

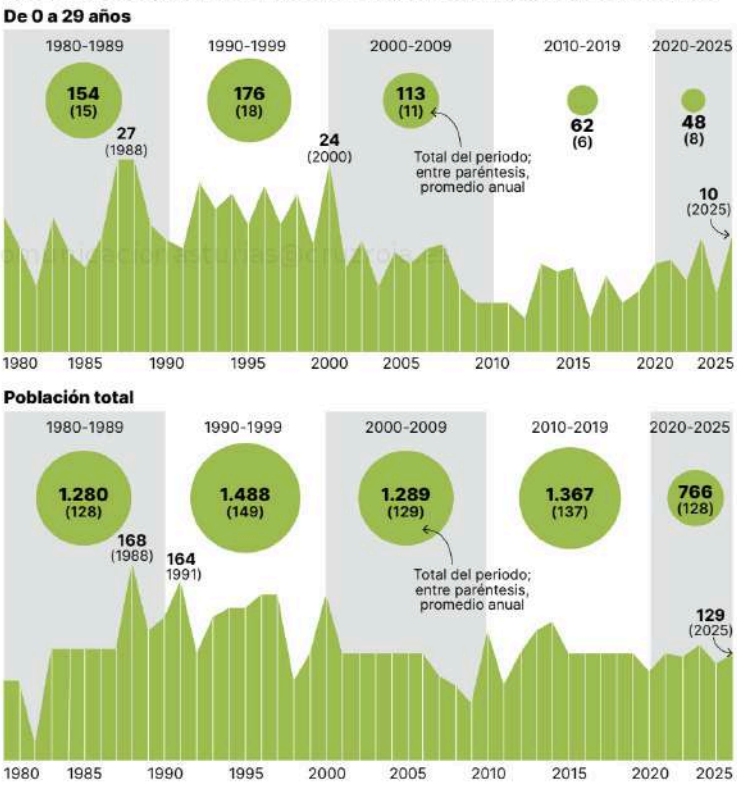
Estos números corroboran la realidad, muy preocupante, de que Asturias continúa registrando las mayores proporciones de todo el país en cuanto a autolesiones con resultado de muerte (habitualmente, la siguen Galicia y Canarias). Sin embargo, las cifras absolutas de lo que llevamos de década de los 20 son parecidas o inferiores a las contabilizadas en las cuatro décadas anteriores en población general.

LAS MAYORES CIFRAS, EN LOS AÑOS 90 DEL SIGLO PASADO. Entre 2020 y 2025, se han computado en Asturias una media global de casi 128 suicidios anuales; la misma cifra que en los años 80 del siglo pasado, si bien es cierto que entonces la población asturiana era superior en unas 100.000 personas a la actual (en datos redondos, 1.120.000 habitantes hace 40 años y 1.020.000 en la actualidad).

Las mayores cifras de personas que se quitaron la vida en Asturias se observaron en la década de los 90 del siglo pasado y en la segunda década de este siglo XXI. Puede decirse que en ambos periodos se registraron crisis económicas importantes. Pero, sin duda, entrar seriamente en las causas exige un abordaje especializado y muy de fondo.

EN EL PASADO, MÁS INADVERTIDOS. Lo que sí es cierto es que, por ejemplo, en el Principado se contabilizaron 168 suicidios en 1988 y 164 en 1991, cifras que superan a las de cualquier año de la década actual. Pero en aquellos años, el suicidio era un tabú, un asunto del que no se hablaba, y que se ocultaba en la medida de lo posible. Hoy, por fortuna, la sociedad ha cambiado mucho en ese sentido, y el suicidio ya no es un tabú, aunque sí un problema que sigue siendo muy difícil de abordar.

Las cifras del suicidio en jóvenes y población general en Asturias



Una respuesta comunitaria y sostenida

La alarma, por sí sola, no mejora la comprensión del fenómeno ni fortalece su prevención

SUSANA AL-HALABÍ

La lectura de estas series históricas exige prudencia. En suicidio, y especialmente cuando hablamos de población joven o de comunidades pequeñas como Asturias, pequeñas variaciones en números absolutos pueden producir oscilaciones muy visibles que no siempre reflejan cambios estructurales. Aun así, los datos nos recuerdan que no estamos ante un fenómeno nuevo ni reducible a una única causa, sino ante una realidad compleja y profundamente humana, en la que confluyen sufrimiento psicológico, condiciones sociales, vínculos, desigualdad, soledad y acceso a cuidados. Por eso la prevención no puede limitarse al ámbito sanitario, sino que necesita una respuesta comunitaria, educativa, social y de salud pública, sostenida en el tiempo y alejada del sensacionalismo.

La lectura de la conducta suicida en adolescentes y jóvenes exige especial prudencia. Las series históricas no avalan el relato de una supuesta 'oleada' inédita de suicidio juvenil. De hecho, si se observan los datos con perspectiva temporal, las cifras actuales están por debajo de las registradas en algunos momentos de los años ochenta y noventa. Esto no invita en absoluto a trivializar el problema, sino a evitar marcos sensacionalistas que simplifican una realidad mucho más compleja. La alarma, por sí sola, no mejora la comprensión del fenómeno ni fortalece su prevención. Al contrario, cuando el sufrimiento se convierte en un titular impactante pero descontextualizado, se corre el riesgo de oscurecer las condiciones psicológicas, relacionales y sociales que realmente necesitamos atender.

Detrás de cada cifra hay sufrimiento, impacto familiar y comunitario, y una necesidad clara de seguir reforzando la prevención y el acompañamiento

Si se observa la serie histórica, Asturias no parece mostrar en los últimos años los picos más altos de décadas anteriores. Ahora bien, sería un error interpretar esa relativa estabilización como un motivo para la complacencia. Detrás de cada cifra hay sufrimiento, impacto familiar y comunitario, y una necesidad clara de seguir reforzando la prevención y el acompañamiento.

No basta con preguntar cuántas personas mueren por suicidio. También hay que preguntarse en qué contextos viven, qué redes de apoyo tienen, qué barreras encuentran para pedir ayuda y qué condiciones sociales pueden estar intensificando su sufrimiento. ■

Susana Al-Halabí es profesora titular del Departamento de Psicología de la Universidad de Oviedo y coordinadora del grupo de investigación CIPRES

bilizaron 170 muertes autoinfligidas en 1996. O 168 en 1998. Son números muy superiores a los de cualquier año de los últimos tiempos. El último ejercicio con más de 150 muertes por suicidio fue el 2000. Sin duda, en cualquier momento del siglo pasado, los episodios de esta naturaleza pasaban mucho más inadvertidos que en la actualidad. Había más, pero se difundían menos.

MENOS SUICIDIOS DE JÓVENES QUE ENTRE 1980 Y 2009. En relación con el sector de población menor de 30 años, ya se ha dicho que en 2025 se contabilizó una decena de autolesiones mortales, una cifra idéntica a la de 2023 y que antes no se había alcanzado desde 2014 (en ese año fueron 11 menores de 30 años). En el conjunto de la presente década, el Principado acredita una media de 8 casos al año, que incluyen lo sucedido desde la llegada de la pandemia de covid-19 (año 2020) hasta la fecha actual. Ese promedio anual de 8 suicidios de personas jóvenes es superior al de la década 2000-2019, pero sustantivamente inferior a los contabilizados entre 1980 y 2009.

Aquí es necesario puntualizar que, en esas décadas más lejanas en el tiempo, la población asturiana menor de 30 años era mucho más numerosa que en el momento actual (en cifras redondas, 360.000 jóvenes en 1998 frente a 227.000 en 2025). Sentada esta premisa, es digno de subrayar que en los años 80 y 90 del siglo pasado se alcanzaron cifras anuales como 27 suicidios de jóvenes en 1988, de 24 en el año 2000 o de 22 en los años 1987 y 1992 (el doble o el triple que el promedio anual de lo que va de siglo). Y de nuevo hay que realizar la misma apostilla: había más casos, pero se conocían sólo en pequeños círculos.

CAÍDAS ACCIDENTALES. En el conjunto de España, en 2025 se contabilizaron, según el INE, 3.808 muertes por suicidio, lo que implica el tercer año consecutivo de descenso, tras la elevada cifra de 4.227 en 2022. Hay quienes aducen que es posible un infradiagnóstico debido, por ejemplo, a la posibilidad de que se hayan catalogado como «caídas accidentales» (otro epígrafe de los datos del INE) episodios que realmente fueron muertes autoprocuradas. Esos mismos observadores hacen hincapié en que ese apartado de caídas accidentales lleva años evolucionando al alza, hasta alcanzar las 4.814 muertes en 2025. Sin embargo, los datos de Asturias en este apartado van en la dirección contraria que los nacionales. Entre 2020 y 2023 se contabilizaron en el Principado algo más de 250 muertes al año por caídas accidentales al año. En 2024 se bajó a 227. Y el año pasado la cifra se desplomó hasta las 175.

EVITAR LA COMPLACENCIA. ¿Cómo valoran los expertos estos datos? A juicio de Susana Al-Halabí, profesora titular del Departamento de Psicología de la Universidad de Oviedo y coordinadora del grupo de investigación CIPRES, si se observa la serie histórica de datos de suicidios, «Asturias no parece mostrar en los últimos años los picos más altos de décadas anteriores». Sin embargo, precisa, «sería un error interpretar esa relativa estabilización como un motivo para la complacencia», dado que «detrás de cada cifra hay sufrimiento, impacto familiar y comunitario, y una necesidad clara de seguir reforzando la prevención y el acompañamiento». La especialista asturiana sostiene que «no basta con preguntar cuántas personas mueren por suicidio», sino que «también hay que preguntarse en qué contextos viven, qué redes de apoyo tienen, qué barreras encuentran para pedir ayuda y qué condiciones sociales pueden estar intensificando su sufrimiento».

REDES INSUFICIENTES. Mientras tanto, Paz García-Portilla González, catedrática de Psiquiatría de la Universidad de Oviedo, señala que «da la impresión de que el sistema sanitario y las redes de protección social no tienen más capacidad de contención». Y agrega que «sería de gran interés analizar y publicar los datos del Protocolo de Detección y Manejo de las Personas en Riesgo Suicida (PRS) implementado en Asturias en el año 2018, para poder conocer su efectividad y eficiencia reales». ■

Que aflore la información oficial

Es muy probable que las cifras del INE no reflejen toda la realidad del suicidio. Es algo que siempre ha sucedido: hay casos cuya causa real no se puede saber y quedan como muertes accidentales. Lo que sí resulta útil es la tendencia histórica.

En el conjunto de la población, se observa que, a pesar de los protocolos de prevención del riesgo suicida y de medidas más globales sobre la población, como la promoción de la salud mental y la protección social, las cifras están bastante estabilizadas. El repunte registrado entre 2010 y 2019 probablemente estuvo relacionado, entre otros factores contribuyentes, con la crisis económica de esos años, especialmente el primer quinquenio.

Da la impresión de que el sistema sanitario y las redes de protección social no tienen más capacidad de contención. En este sentido, sería de gran interés analizar y publicar los datos del Protocolo de Detección y Manejo de las Personas en Riesgo Suicida (PRS) implementado en Asturias en el año 2018, para poder conocer su efectividad y eficiencia reales. Este PRS, que nació con la intención de ser evaluado y revisado según los resultados obtenidos al año siguiente, sigue vigente a día de hoy sin que tengamos ninguna información objetiva sobre si este esfuerzo asistencial tiene o no utilidad real.

Entre los jóvenes, las cifras son más difíciles de interpretar. Eran más altas entre 1980 y 2009, y han bajado en los últimos 15 años. Da la impresión de que entre las personas jóvenes hemos sido más capaces de modificar en parte la tendencia. Quiero pensar que los esfuerzos para mejorar la identificación de las personas en riesgo tanto por el sistema educativo como por el sanitario, la mayor dotación de los dispositivos de atención a la salud mental infanto-juvenil y la mejor preparación de los profesionales con la reciente creación de la especialidad en Psiquiatría de la Infancia y Adolescencia están dando sus frutos. ■

La eficacia de las redes sanitarias y sociales está en duda

PAZ GARCÍA-PORTILLA

Sería de gran interés analizar los datos del Protocolo de Detección y Manejo de las Personas en Riesgo Suicida implementado en Asturias en 2018

Paz García-Portilla González es catedrática de Psiquiatría de la Universidad de Oviedo